La crítica ante las crónicas de las exposiciones universales del siglo XIX

Julia Morillo Morales
Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX

> No queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro, por tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura, en fin, expresión de toda la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.
>
> Larra, "Literatura" (1836)

Con estas palabras finalizaba Larra su artículo "Literatura", publicado en *El Español* el 1 de enero de 1836, quince años antes de que en 1851 se celebrara en Londres la primera exposición universal del siglo.

El siglo XIX es, sin duda, el del desarrollo de la prensa periódica. Como afirma Marta Palenque, "referirse a la importancia de la prensa en el siglo XIX es ya casi un tópico" (Palenque, 1990: 13). El siglo XIX, y sobre todo la segunda mitad, es el de los grandes avances técnicos, las comunicaciones, el ferrocarril, el siglo del despertar tecnológico y cosmopolita de una sociedad que hasta ese momento había seguido un ritmo que se vería modificado total y definitivamente a las puertas del fin de siglo.

A falta de otros medios que los conectaran de inmediato con el gran público, esos avances empezaron a mostrarse al mundo en las grandes muestras que se celebraron entre 1851 y 1900: las exposiciones universales. La primera gran exposición universal se celebró en Londres en 1851, y la siguió la de París, en 1855. Londres y París fueron las sedes más repetidas y las más deslumbrantes de estos

grandes escaparates, y a ellas se fueron sumando ciudades europeas, como Viena (1873) y Barcelona (1888), y americanas, como Filadelfia (1876) o Chicago (1893), hasta culminar en la de París de 1900, que abrió las puertas definitivamente a la modernidad del siglo xx.

"Enormes escaparates", "mundos en miniatura" y "grandes muestras del conocimiento" fueron algunas de las denominaciones que recibieron por parte de quienes las visitaron y contaron lo que allí vieron: viajeros curiosos, escritores inquietos y, sobre todo y fundamentalmente, corresponsales que fueron enviados por periódicos y revistas que querían ofrecer a sus lectores la primicia de las sorprendentes novedades que allí se exponían.

Aquellos corresponsales eran en su mayor parte escritores conocidos y, sobre todo, periodistas. Muchos publicaron sus obras de forma independiente y otros muchos, la mayoría, las publicaron en sus respectivos periódicos y revistas como crónicas, pero con diferentes denominaciones: "diarios", "impresiones", "memorias", "viaje", "cartas", etc.

Estas crónicas seguían la estructura de los relatos de viajes, dando cuenta del viaje a la exposición y detallando el itinerario y las vicisitudes por las que pasaba el escritor viajero hasta llegar al destino. Una vez en la exposición se iniciaba un nuevo viaje por los pabellones de los diferentes países, y desde el primer momento todos los cronistas sin excepción trataban de transmitir el asombro —"vértigo en el alma" lo llamó Alarcón en París en 1855 (Morillo Morales, 2015)— ante las novedades que se mostraban, o ante las dimensiones o las singularidades de edificios como el Crystal Palace de la primera exposición en Londres. Aquellas crónicas tenían una clara intención y calidad literaria, desde la primera, *La maravilla del siglo* de Wenceslao Ayguals de Izco, del Londres de 1851, pasando por las del "Viaje a París en 1855" de un jovencísimo Pedro Antonio de Alarcón, hasta culminar en la de Emilia Pardo Bazán, *Cuarenta días en la Exposición*, y las recogidas en *Peregrinaciones* de Rubén Darío, enviadas desde la exposición universal de París en 1900.

1. Publicación en prensa de las crónicas sobre exposiciones universales

La publicación en prensa de estas crónicas en muchos casos coincidía con la celebración de la exposición. El corresponsal escribía sus crónicas diarias, a veces en el mismo tren, a veces tomando notas directas de lo que veía en su recorrido por la exposición, para luego redactarlas y enviarlas lo más rápidamente posible, de manera que el público lector las recibía con la inmediatez —bien es cierto que relativa— que daba en aquel tiempo el envío de los manuscritos por correo ordinario. Poco después, y gracias a innovaciones técnicas como el telégrafo y el teléfono, que también fueron presentados en las exposiciones como novedades deslumbrantes, el público podía recibir las crónicas con una sorprendente rapidez. En otros casos, el corresponsal las escribía ya de regreso, con el tiempo suficiente

para redactar y asimilar con calma el aluvión de novedades y curiosidades que tenía anotadas en sus cuadernos de viaje. En cualquier caso, todos ellos lograron transmitir el entusiasmo y el asombro que subyugaba a todo viajero que visitara las exposiciones.

En la línea de las crónicas de guerra y de viaje que tanto éxito habían alcanzado ya desde finales del XVIII, el público se mostró deseoso de saber de las maravillas que se exponían en esas grandes muestras. Aquel mundo en miniatura que eran las exposiciones universales facilitaba al viajero, y por extensión al lector, uno de los viajes más fascinantes que pudieran hacerse en la segunda mitad del siglo XIX, sin las desventajas e inconvenientes que suponía un viaje real alrededor del mundo, tal como confesó Emilia Pardo Bazán en más de una ocasión.

Las crónicas de esa reducida vuelta al mundo, cuando eran publicadas en las revistas ilustradas más famosas de la época, iban acompañadas por imágenes. En un principio se trataba de grabados realizados por un ilustrador amigo del viajero, que a veces incluso había viajado con él. Más tarde fue la fotografía la que de forma más verosímil e inmediata ilustraba las crónicas, para sorpresa y deleite de los lectores. Gracias a la imagen, el lector podía *ver* y compartir con el autor el asombro de todo aquello que el mundo ofrecía en un espacio tan reducido.

Algunos autores utilizaron la publicidad en prensa para anunciar la publicación de las crónicas o de su posterior recopilación en forma de libro. Se aseguraban así el éxito de público y, por tanto, quizá también el interés de la crítica. Es el caso, como veremos más adelante, de Wenceslao Ayguals de Izco, que hizo gala de un despliegue publicitario sin precedentes, solo al alcance del dueño de un establecimiento tipográfico como era él. Caso curioso es también el de Carlos Frontaura, director del periódico *El Cascabel*, que ya en aquel tiempo utilizó el éxito de sus publicaciones en la prensa de la época para que sus lectores financiaran por anticipado no solo su viaje a la exposición desde donde escribiría sus crónicas, sino también la edición de su recopilación en un libro que por supuesto los lectores también deberían adquirir cuando fuera publicado. Asimismo, recordamos el caso de Alfredo Escobar, cuyo padre, director de *La Época*, publicó sus crónicas con el título de *Cartas de Filadelfia*, e insertó publicidad de las mismas en su periódico aún antes de que se iniciara el viaje.

2. Las crónicas de las exposiciones universales y la crítica

Pero ¿cómo recibió la crítica estas crónicas sobre las exposiciones universales?

Hubo escritores de renombre que, atraídos por el éxito de las primeras crónicas, y la deslumbrante expectación que provocaban aquellas grandes celebraciones, quisieron vivir y contar la experiencia. La crítica de su tiempo y especialmente la del siglo XX les has prestado especial atención y son numerosos y muy conocidos los estudios sobre las crónicas de las exposiciones universales que escribieron autores como Emilia Pardo Bazán (*Al pie de la torre Eiffel*, *Cuarenta*

días en la Exposición), Rubén Darío (*Peregrinaciones*) o José Martí (*La Edad de Oro*). Sin embargo, la escasa información que hemos encontrado en las primeras fases de este estudio hace pensar en un sorprendente desinterés hacia la obra del resto de los corresponsales, periodistas o escritores menos conocidos, a pesar del enorme éxito de público que tuvieron.

En aquel momento la crítica literaria en España se hacía eco de las corrientes que llegaban de Europa (Saint Beuve, Taine), se centraba en los grandes escritores del momento y en las polémicas sobre realismo y naturalismo. La atención que se prestó a estas crónicas parece *a priori* que fue muy reducida, si la comparamos con el resto de la actividad crítica de la segunda mitad del siglo.

Pero ahí estaban las exposiciones como reflejo de una sociedad cambiante y en evolución vertiginosa, y ahí estaban los cronistas que las visitaron porque era urgente, casi imprescindible, dar cuenta de ellas.

Podemos establecer una clara relación entre la cita inicial de Larra con la crónicas que se escribieron sobre las exposiciones universales, la manifestación más genuina y el fiel reflejo de esa observación directa, de esa sociedad burguesa y de ese mundo en acelerada mutación que atrae como un potente imán a viajeros y curiosos. Los cronistas hacían llegar las noticias y sus propias impresiones de lo que allí vieron a unos lectores ávidos de todas aquellas maravillas sorprendentes que estaban cambiando el mundo en el que vivían.

Necesariamente la crítica de estas crónicas debía responder a la inmediatez de su publicación periódica en prensa siendo también lo más actual e inmediata posible, lo que nos remite al concepto de "crítica de actualidad" que aplica María Pilar Celma (Celma, 1989) para la crítica literaria de fin de siglo. La crítica de estas crónicas no estuvo a cargo de los grandes críticos de la época, sino (y de nuevo coincidimos con María Pilar Celma) de otros periodistas y escritores, casi siempre anónimos, que no solo encontraron en la crítica de actualidad o crítica del día una manera de subsistir, sino que, además, "fiel a su naciente conciencia de intelectual, [el periodista] aspira a influir en la sociedad, [...] de manera que la crítica literaria no es sino una faceta más de la conciencia reflexiva de la modernidad" (Celma, 1989: 14-15).

A falta de tiempo y espacio para hacer en este trabajo un estudio más amplio, presentamos aquí una pequeña muestra de tres obras que creemos significativas: la de Ayguals de Izco, la de Pedro Antonio de Alarcón y la de José de Castro y Serrano.

3. Wenceslao Ayguals de Izco, *La maravilla del siglo. Cartas a María Enriqueta*

Las crónicas de Ayguals se componen de un total de cuarenta y ocho cartas que se fueron publicando en cuadernillos por entregas desde enero de 1852. Posteriormente las recopiló en una cuidada edición en dos tomos ilustrados con gra-

bados hechos por dos amigos que, como afirma el mismo autor, le acompañaron en su viaje. Como veremos a continuación, él mismo se encargó de anunciarlo en prensa y los periódicos de la época recogieron excelentes críticas de la obra. En su día, la crítica fue entusiasta con esta obra de Aygulas, pero la crítica posterior la ha ignorado casi por completo. Luis Díaz Larios le dedicó un artículo "El viaje a París y Londres de Ayguals de Izco" (Díaz Larios, 1998), en el que reflexionaba sobre su relación con las obras de otros viajeros a los que Ayguals toma como modelo: Mesonero Romanos, Modesto Lafuente y Antonio María Segovia. En un artículo posterior reconoció la importancia de esta obra pionera: "*La maravilla del siglo* inicia en España, dentro de la literatura de viajes, una especie de subgénero centrado en lo que se ha llamado *fastos del progreso*" (Díaz Larios, 2012).

3.1. Crítica a *La maravilla del siglo*

La maravilla del siglo tuvo un primer anuncio de publicación en el periódico C*orreo de los Teatros, Periódico de Noticias Teatrales, Artísticas y Literarias*,[1] en el número 6 del periódico, publicado el 4 de enero de 1852. En la página 3 se anuncia bajo la sección "Parte literaria", que en ese mismo número se hablará de *La maravilla del siglo*. En la página 4, el mismo Ayguals comenta con detalle cuál es el motivo de la obra, el origen de la exposición universal y de sus buenos propósitos de cara a la fraternidad de los pueblos y la paz mundial. Informa con detalle de cómo serán las entregas y hace una primera oferta a sus lectores al anunciar un precio especial a aquellos que ya fueron suscriptores de las entregas de *La bruja de Madrid*. Esta nota de la página 4 coincide exactamente con la que se publicará en *El Clamor Público* el 7 de enero de 1852.

En el número 11 del 8 de febrero de 1852 del C*orreo de los Teatros*, en una pequeña reseña de la sección "Parte literaria", puede leerse la primera crítica que hemos encontrado de una obra sobre las exposiciones universales. Desconocemos el autor, puesto que, como otros apartados de la publicación, el texto carece de firma.

Tras la publicación de las cuatro primeras cartas, la crítica no puede ser más elogiosa, tanto en lo que se refiere a su calidad literaria como en cuanto a la calidad de la impresión:

> Hemos leído las cuatro primeras entregas de *La Maravilla del siglo* que está dando a luz con inusitado lujo su autor el Sr. de Izco, y no extrañamos la brillante acogida que ha dispensado el público a esta nueva producción del fecundo novelista español.

1. El *Correo de los Teatros* se publicó del 23/11/1850 al 4/11/1852. Subtitulado como "Periódico de Noticias Teatrales, Artísticas y Literarias". Se editaba en números de cuatro páginas y ofreció artículos de historia musical y de carácter literario, y crítica sobre conciertos, principalmente ópera y danza, de los teatros de la corte (Teatros Real, Príncipe, Español, etc.), y también de provincias y del extranjero (Hemeroteca Digital Hispánica).

> *La Maravilla del siglo* interesa ya desde las primeras páginas, porque al relatar el autor sus impresiones de viaje, con el estilo puro, castizo y elegante que le es peculiar, siembra su obra de bellísimas descripciones e historietas sumamente instructivas [...]. No dudamos de que este libro será buscado y leído con avidez, como todos los del mismo autor. En él se ve hábilmente enlazado lo útil con lo agradable, lo jocoso con lo patético, y todas sus líneas respiran esa moral evangélica, esos sentimientos humanitarios que solo germinan en nobles y honrados corazones. Importantes han sido bajo este aspecto filantrópico cuantos trabajos literarios ha dado a la luz el Sr. Aygulas de Izco hasta el día; pero *La Maravilla del siglo* pertenece a un género más grave que el de la novela. El pensamiento indicado en el prospecto y en la dedicatoria es a todas luces grandioso. Otro día hablaremos con más extensión sobre este punto. Entre tanto nos concretamos a llamar la atención del público hacia una obra que por sí se sola se recomienda, tanto por su mérito literario como por el lujo de la impresión y extraordinaria literatura.

La expectación creada por la publicidad del propio Ayguals se tradujo en un éxito inmediato de estas primeras entregas, que quedó recogido en publicaciones como *Diario Oficial de Avisos de Madrid* de los días 16, 17 y 18 de enero de 1852; en *El Observador, Diario Independiente* del 17 de enero; en *El Clamor Público* del 18 de enero, y en *El Heraldo de Madrid* del 20 y 24 de enero. En este último periódico, se informa a los suscriptores de que, debido al enorme éxito de la primera entrega, hubo que duplicar la edición, por lo que lamentaban el retraso de la segunda entrega. Este despliegue publicitario realmente extraordinario da idea del éxito de público, lo que debió de reportar enormes beneficios al autor.

En el número 12 de *Correo de los Teatros*, del 15 de febrero de 1852, en las páginas 1 y 2 se afirma que se cumple la promesa hecha en el número anterior de hacer la crítica de la obra de Ayguals. Se han publicado noventa y seis páginas en las seis primeras entregas y el crítico quiere hacer alarde de imparcialidad para pasar luego a una serie de alabanzas de la obra que no excluyen el comentario de algunas críticas negativas o malintencionadas que se hicieron de anteriores obras de Ayguals y que en esta, según él, no tienen cabida. Asimismo, alaba la forma epistolar que adopta la obra, acorde con el asunto, tono y estilo del autor:

> En cumplimiento a nuestra promesa hecha en el último número, vamos a decir hoy extensamente a los suscriptores del *Correo*, cuál es la opinión que nos ha merecido una obra tan de circunstancias, tan de actualidad, de tanto interés y de tamaña transcendencia como esta que contienen las cartas de don Wenceslao Ayguals de Izco a su predilecta amiga María Enriqueta. Y lo haremos así, primeramente, porque tenemos por un deber de todo periódico que se titule literario el dar cuenta a sus lectores del estado de la literatura del propio país, a juzgar por las obras de este género que actualmente se publiquen, y en segundo lugar porque no esperamos que nos alcance la censura de ciertos críticos de los críticos apasionados, por la poca o

> ninguna conciencia que estos últimos manifiestan al hacer el análisis de obras de todos géneros.

Sus palabras nos ayudan a hacernos una idea del tipo de crítica que se hacía entonces, con acusaciones no tan veladas a otros críticos:

> No teman, pues, desde ahora, los suscriptores a nuestro periódico, ver en este juicio que les presentamos un artículo laudatorio, como otros muchos, de ordenanza, ni tampoco una colección de diatribas y de insultos contra el autor de la obra, a la manera que lo hacen los gacetilleros pedantes y envidiosos de las altas reputaciones literarias. Nuestra opinión irá apoyada en datos y se fundará en hechos que el público no podrá menos de reconocer [...]. En una palabra, se verá que no aplaudimos por aplaudir, que no censuramos por censurar.

La crítica comienza justificando el viaje y la oportunidad del tema al dar a conocer en España la modernidad que recorría Europa:

> ¿Hay una cosa que interese hoy más a la generalidad de las gentes, ni que merezca llamar tanto la atención de los hombres pensadores, que el estado de adelanto y de progreso en la industria a que han llegado muchos países? No creemos que al contestar haya en nuestros lectores divergencia alguna de opiniones. Todos, sin exceptuar uno habrán de convenir con nosotros en lo que dijimos al principiar este artículo, a saber, que *La Maravilla del Siglo*, escrita con conciencia por un autor de reputación literaria, cual la tiene don Wenceslao Ayguals de Izco, es una obra de circunstancias, de actualidad y por lo tanto de un interés extraordinario, de una transcendencia inmensa. Vengamos en seguida al modo de presentarla y ofrecerla al público, que es una de las condiciones más importantes de toda publicación.

Tras comentar lo oportuno del tema, aborda el formato epistolar que ha elegido el autor:

> Nos parece que una obra del género epistolar lleva una ventaja inmensa [...] por lo bien que se presta a todo lo que sean descripciones exactas, aunque ligeras, de sitios y monumentos célebres, de usos y costumbres nuevos, de tradiciones e historietas antiguas, de máquinas, instrumentos, tejidos, hilados, producciones, etc. etc., y tantos objetos de la industria universal como se han puesto en Londres. Además, habíasele criticado al autor de las carta a Enriqueta, por sus descripciones demasiado brillantes y floridas, por un estilo asaz elevado, por un lenguaje sobrecargado a veces de galas poéticas que empleara en sus novela [...] y se hacía preciso por esto que adoptase un estilo familiar, un lenguaje sencillo, aunque elegante, cuales convienen a la forma de cartas que ha dado a su obra.

Y concluye:

> En sustancia, las cartas a María Enriqueta, que van ya publicadas, contienen noticias históricas y geográficas a cual más nuevas e interesantes, pensamientos filosóficos y políticos de una grandeza y originalidad inmensas, documentos preciosísimos y de interés palpitante, en una palabra cuanto un hombre pensador y laborioso, interesado en la ilustración de su país, ha creído conveniente manifestarle para su instrucción y para su deleite. Ahí están las 96 páginas que lleva repartidas de su obra: en la lectura de las seis primeras entregas de *La Maravilla del Siglo* puede hallarse la confirmación o negación del juicio que emitimos.

Sabemos que el éxito llegó también a provincias. En el número del 22 de febrero de la misma publicación, bajo el epígrafe de "Publicación afortunada", podemos leer:

> Por tal tenemos la que con el título de *La Maravilla del Siglo* está haciendo el aventajado escritor don Wenceslao Ayguals de Izco. Después de haber recibido los desinteresados elogios que en resumen de nuestra crítica, del último número, no pudimos menos de prodigarle, ha tenido que resignarse su autor a ver confirmada en los periódicos de provincias esa misma opinión ventajosa de su mérito literario que entonces emitimos. En una palabra, ha llegado a establecerse que, si el señor Ayguals de Izco ha adquirido una reputación envidiable como autor de muchas y muy excelentes novelas filosóficas, como ameno narrador de viajes puede competir con los Lamartine y Chateaubriand.
>
> Las seis primeras entregas de *La Maravilla del Siglo* son notables, lo mismo por su extraordinario mérito literario, que por su impresión lujosa y esmerada.

Ese éxito en provincias queda de nuevo de manifiesto en el número del 28 de marzo de 1852, donde se recoge la crítica (sin firma) que se hizo en el periódico *El Agente*, de Alicante. Se insiste nuevamente en la calidad de la impresión de la obra, esta vez desde una perspectiva de provincias:

> Hemos leído seis entregas de esta notable publicación original del señor don Wenceslao Ayguals de Izco [...]. Una *maravilla*, y no otra cosa son en verdad esas impresiones tan acabadas que ven la luz en dicho establecimiento. Y admiramos el adelanto progresivo a que hemos llegado en esta parte, pues parece imposible que sin grandes y costosos sacrificios pueda ofrecerse al público una entrega con 16 grandes páginas, limpia y correctamente impresas en magnífico papel, con grabados (modelos de perfección en su clase, intercalados en el texto, y láminas además a dos tintas, de sumo gusto y delicadeza, tiras aparte; todo bajo una cubierta de color, por el ínfimo precio de un REAL en madrid y REAL Y MEDIO en provincias con el correo franco. Parece imposible, repetimos, pues no se trata de una de esas publicaciones económicas que ven la luz, y que al contemplarlas solamente, se comprende el motivo de su baratura. La obra que nos ocupa no puede por ningún concepto compararse con aquellas a que

> nos referimos; y cuenta que creemos entender alguna cosa en el arte tipográfico; razón por la cual decimos que sin costosísimos sacrificios es imposible dar de mano a publicaciones del mérito que encierra la parte material de *La Maravilla del Siglo*, con una baratura tan notable.

Centrándose en la crítica literaria propiamente dicha, y considerando esta obra inscrita en la literatura de viajes, afirma el crítico:

> Agrégase a esto el mérito literario en las descripciones y pasajes con que el autor de *María, la hija de un jornalero*, hace interesar la lectura de su libro: de nosotros sabemos decir que hemos aguardado y aguardamos con avidez los correos que se suceden de unas a otras entregas para coordinar y proseguir el hilo de una narración interesante, cual son todas las que contienen las seis entregas que hemos leído [...].
>
> También nos han interesado hasta los más insignificantes detalles de poblaciones, que leímos por la milésima vez en el numeroso catálogo de libros de viajes publicados hasta hoy, y que no por eso ha dejado de sernos grata su lectura, por la sencillez de las formas con que el señor Ayguals de Izco nos presenta en su *Maravilla del siglo* esos países a que aludimos.

Llama la atención del público para que siga con interés las próximas entregas:

> Con vivísimos deseos aguardamos la descripción del Palacio de cristal, y la de los raros y portentosos objetos que encerrará la famosa exhibición del verano último.
>
> Los que no tuvieron la fortuna de visitar la población de Londres en aquellos días, que harán época en la historia de todos los países, lean la obra que nos ocupa, y encontrarán en ella, según por la muestra prevemos, todo el interés y toda la instrucción que acaso no habrían encontrado por efecto de la fascinación, siendo testigos oculares de lo que en ella se relata.

Por último, el crítico denuncia las dificultades, que no se dan en la capital pero sí en provincias, a la hora de recibir las entregas:

> No debemos terminar estas líneas sin significar nuestro enojo por el abandono con que se mira en nuestro país la correspondencia pública. Al terminar estas cuartillas, recibimos el correo, y en él las entregas 7ª y 8ª de la obra que nos ocupa, hechas una pasta. No solo agua destilaban, sino arena; y creemos que la arena no desciende del cielo, y habiendo recibido otra correspondencia, alguna de la cual en perfecto estado de resguardo, es visto, y hay una razón para creer que la negligencia y el abandono llegan a un punto de extremo tal, que sobre acarrear infinitos perjuicios a las empre-

> sas, desfavorece altamente el concepto de esta nación, en la que en todo se piensa, y todo se quiere remediar menos lo que es vital, menos lo que es del momento. Llamamos sobre esto la atención del Gobierno.

Debemos reconocer el valor de Ayguals no solo por ser el pionero de los cronistas de las exposiciones, sino también porque, con su entusiasmo por llevar a cabo su labor y con su afán por hacer que su trabajo llegara al público por medio de un despliegue publicitario nunca antes visto, consiguió tal éxito de público y de crítica que puso los cimientos para que en futuras exposiciones los periódicos de más tirada se interesaran por enviar a sus propios corresponsales.

4. Pedro Antonio de Alarcón, "Viaje a París en 1855"

Si bien la obra de Ayguals mereció los elogios de la crítica que acabamos de presentar, no ocurrió lo mismo con la de Pedro Antonio de Alarcón y sus crónicas "Viaje a París en 1855". El autor granadino alcanzó un enorme e inusitado éxito con sus libros de viajes. *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859) ha sido considerada hasta ahora la primera incursión del autor granadino en este género, pero la primera y casi desconocida manifestación de la literatura de viajes de Alarcón la encontramos en las crónicas que con formato epistolar escribe con motivo de su visita a la segunda exposición universal, la de París en 1855. Con el título de "Viaje a París en 1855", fueron publicadas en el diario *El Occidente* entre el 17 de mayo y el 14 de junio de ese mismo año (Morillo Morales, 2015).

Con veintidós años recién cumplidos, el día 2 de mayo de 1855 Alarcón viajó a París acompañado de su amigo José de Castro y Serrano, que con el tiempo se convertiría en el más afamado cronista de las exposiciones universales. Desde allí cada uno escribió sus crónicas sobre la exposición. Alarcón las redactó y envió durante su visita para que fueran publicadas de forma inmediata. Las de Castro y Serrano fueron publicadas al año siguiente.

La salida de Alarcón y de Castro y Serrano de Madrid camino de París fue anunciada por *El Occidente* el día 4 de mayo de 1855 dentro de la sección "Crónica de Madrid", con un cierto tono de chanza y buen humor en una nota titulada "Nuevos colones":

> Con igual fe que el descubridor de América salieron anteanoche de la corte con dirección a París los señores don Pedro A. de Alarcón y don José de C. y Serrano. Ambos llevan el designio de ocuparse en trabajos literarios en la capital del vecino imperio.

Y a la moda de ir a París, y quizá a ellos, se refiere con cierta ironía y tono de burla el redactor de *La España* pocos días después, el 23 de mayo, en esta breve nota titulada "Debilidades humanas":

> Es tanta la pequeñez y la pobreza de espíritu de ciertas gentes, empeñadas en vivir a la moda, que como ahora lo es el ir a la exposición de París, se han despedido en toda regla de sus amigos para el vecino imperio, asegurando pasarán una temporada en Bélgica, otra en Alemania, Inglaterra y los Estados de la Unión americana. Pero como su falta de recursos pecuniarios está en razón directa de su tontería, los mismos que anunciaron su viaje al extranjero, se han quedado en Parla, Chinchón, Canillejas y Villaverde. Allí están ahorrando lo que necesitan gastar el invierno próximo, y luego vendrán dándose tono con sus expediciones imaginarias. A fe que los pueblos inmediatos a la corte tienen muchos atractivos, y que en ellos puede pasarse muy bien el verano, sobre todo si se dedican a la caza de chorlitos.

Una de las pocas referencias a esas crónicas la hemos encontrado en *Poesías serias y humorísticas*, que Alarcón publica en 1870 con prólogo de su amigo Juan Valera. Se incluye también una amplia reseña biográfica de Alarcón escrita por otro amigo suyo, José Calvo, quien, al hacer referencia a las crónicas que envió desde París, resalta el valor que estas tuvieron para el inicio de la carrera literaria de Alarcón:

> De vuelta Alarcón en el palenque literario, escribió (Marzo de 1855) su novela *El final de Norma* en la vetusta ciudad de Segovia, adonde se había retirado a descansar de tantas agitaciones. Dos meses después marchó a París a visitar la Exposición de la Industria, cuya reseña hizo en una colección de artículos que publicó *El Occidente* y que dieron a conocer a nuestro joven como crítico y literato (Alarcón, 1870: XVI).

Estas crónicas o se desconocen o muy raramente son citadas, a lo más se afirma que Alarcón "hizo un viaje en la primavera de 1855 como corresponsal de *El Occidente*, para cubrir la información de la Exposición de la Industria allí celebrada" (González Alcantud, 2004: 135). Bien es cierto que nunca fueron recopiladas y publicadas en volumen independiente y que esa quizá sea la causa de su olvido. El mismo Alarcón parece que las olvidó o las ignoró deliberadamente, puesto que ni siquiera las menciona en su *Historia de mis libros*. Emilia Pardo Bazán, profunda admiradora y conocedora de la obra del autor granadino, tampoco hace referencia a ellas en el estudio que realizó de la obra de Alarcón en su *Nuevo Teatro Crítico* (n.º 9, septiembre de 1891). Azorín, que también dedicó muchas páginas de crítica a la obra alarconiana, hace una referencia muy velada a estas crónicas en un artículo titulado "Antifrancesismo", publicado en el diario *ABC* el 2 de enero de 1949, donde afirma que "no queda constancia en libro de ese primer viaje de Alarcón a París". En 1968, Pardo Canalis las rescata provisionalmente del olvido en la sección "Textos" de la *Revista de Ideas Estéticas*, donde publica pequeños fragmentos con algunos comentarios meramente descriptivos (Pardo Canalis, 1968).

5. Castro y Serrano, el gran cronista de las exposiciones

La labor de Castro y Serrano como cronista de las exposiciones universales que se celebraron en la segunda mitad del siglo XIX no tiene parangón. Tenemos constancia de que asistió a casi todas ellas, como comisionado o a título personal, hasta convertirse en un referente y una autoridad en la materia. Además de visitar junto con Alarcón la de París de 1855, asistió a la de Londres de 1862, a la de París en 1867, a la de Viena de 1873 y a la de París de 1889. Fue el único corresponsal español que asistió a todas ellas y de todas dejó constancia por escrito en sus *crónicas*, *cuadros* y *cartas*. Llegó incluso a editar una revista exclusiva para la exposición de París de 1867.

A medida que avanza el siglo y se suceden las exposiciones, los corresponsales tomarán las publicaciones de Castro y Serrano como obras de referencia y lo citarán e imitarán en su recorrido y descripción de las exposiciones en un ejercicio de intertextualidad que muestra el valor de aquellas. Sin embargo, fueron sistemáticamente ignoradas por la crítica. Aún hoy no puede entenderse un estudio de las exposiciones universales, sea desde la perspectiva que sea, sin recurrir a sus escritos.

Cuando Castro y Serrano viaja a la exposición de París de 1855 junto con su amigo Alarcón, tiene veintisiete años. Sus *cuadros*, a diferencia de las *crónicas* de Alarcón, no fueron publicados en prensa de forma inmediata, sino que debieron esperar algo más de un año para ver la luz en el *Semanario Pintoresco Español* bajo el título de "París, físico y moral, estudiado durante la exposición de 1855 por un español" entre el 9 de marzo y el 25 de mayo de 1856. Se trata de un total de veintiocho páginas repartidas en diez números, no todos consecutivos. No hemos localizado ninguna crítica de esta obra en la prensa de la época y tampoco ha merecido la atención de la crítica posterior, quizá porque, como sucedió con las crónicas de Alarcón, tampoco fue publicada en volumen.

Castro y Serrano viaja a la siguiente exposición universal, la de Londres de 1862, y en 1863 en Madrid publica *España en Londres: correspondencias sobre la Exposición Universal de 1862*. En ella recopila las diecinueve cartas que había ido enviando a *La Gaceta de Madrid*, y que fueron publicadas del día 16 de junio al 22 de diciembre de ese mismo año. Posteriormente fueron recogidas en volumen. Esta es una de las obras más conocidas, consultadas y citadas de todas las exposiciones universales y aun hoy es de consulta obligada para quien desee saber algo de exposiciones universales en general y de esta en particular. En el prólogo (Castro y Serrano, 1863: 27), el autor habla de "impresiones" y de "sencillas cartas". No habla de crónicas, ni de artículos, aunque él a sí mismo se denomine "cronista", tal como figura en el nombramiento de la reina que incluye en las primeras páginas del libro. A pesar del éxito y difusión de esta obra y de que fue publicada en volumen, sorprendentemente no mereció la atención de la crítica.

De nuevo encontramos a José de Castro y Serrano en la exposición de París de 1867, en la que llegó a formar su propia sociedad para editar dos publicacio-

nes sobre la exposición universal: *La Revista* y la *Crónica*, que reunió posteriormente en un volumen con el título de *España en París* (Castro y Serrano, 1867). En 1873, con una consolidada fama de corresponsal, viaja a Viena como miembro de la Comisión Española. A diferencia de las otras ocasiones, en esta Castro y Serrano se oculta tras el seudónimo "Un Caballero Español" en las crónicas que publica en *La Ilustración Española y Americana* con el título de "Viaje alrededor de la Exposición Universal de Viena". No conforme con esta novedad, utiliza otro seudónimo, el de "F. Eroseca", con el que, a partir del mes de junio, publica en el mismo periódico de forma paralela otras crónicas tituladas "El Correo de Viena".

En 1889, el ya veterano Castro y Serrano viajó a la exposición de París y publicó cuatro crónicas tituladas "España en París '89" en *La Ilustración Española y Americana*, en los números de los días 8, 15, 22 y 30 de octubre de 1889.

A pesar de ser el más prolífico de todos los corresponsales de las exposiciones, hasta ahora no tenemos constancia de que la crítica literaria valorara ni positiva ni negativamente sus crónicas. Simplemente las ignoró. No se puede negar que fue, como dijimos más arriba, un referente obligado, pero quizá no tanto por su calidad literaria, como por servir de guía, de hilo de Ariadna en el maremágnum que era aquella acumulación de objetos, máquinas, países y edificios imponentes donde se adentraban los corresponsales recién llegados a cada exposición, perdidos entre el asombro y la confusión.

La razón del olvido en el que lo ha sumido la crítica puede encontrarse, quizá, en estas palabras que le dedicó Clarín con motivo de la publicación de sus *Historias vulgares*: "Hay cierta prudencia, cierto tacto, cierto justo medio en el Sr. Castro y Serrano; hay cierta *holgura* de ideas que le hacen parecer bien en todas partes, sin que por eso peque de anodino, de inofensivo, en la mala acepción de la palabra" (Alas, 1892: 380-382). Y en estas otras que le dedicó en uno de sus *paliques* con motivo del ingreso de Castro y Serrano en la Real Academia:

> El Sr. Castro y Serrano, que ha sabido sacudirse de encima el casacón ridículo de los pseudo-clásicos de Academia, no acaba de ser un verdadero escritor *moderno* por preocupaciones de otro género; sobre todo por la preocupación de no querer estudiar de veras el movimiento filosófico y artístico contemporáneo de los países de primer orden intelectual [...]. En este mismo discurso de la Academia se ve claramente, por lo que dice y por lo que calla, lo muchísimo que no sabe de estética y de historia literaria (Alas, 1893: 319-326).

6. Conclusiones

Hasta aquí la primera aproximación a la recepción crítica de las crónicas sobre exposiciones universales. Con los datos obtenidos hasta el momento, parece ser que la crítica literaria solo prestó atención a las crónicas de los autores más co-

nocidos del momento, pero ignoró las del resto de los cronistas, a pesar de que alguno, como Castro y Serrano, se convirtiera en referente obligado para los futuros corresponsales viajeros. Estas conclusiones son totalmente provisionales, puesto que nuestra investigación sigue abierta. El volumen, la variedad y la calidad literaria de las crónicas objeto de nuestro estudio nos hacen albergar la esperanza de encontrar cierto interés de la crítica en algunas de ellas.

Bibliografía

Alarcón, Pedro Antonio de (1870). *Poesías serias y humorísticas*. Madrid: Tipografía de Gregorio Estrada.

— "Viaje a París en 1855". *El Occidente* (17/5/1855 – 14/6/1855).

Alas, Leopoldo [Clarín] (1892). *Ensayos y revistas: 1888-1892*. Madrid: Manuel Fernández Lasanta.

— (1893). *Palique*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.

Ayguals de Izco, Wenceslao (1852). *La maravilla del siglo, cartas a Maria Enriqueta, o sea, Una visita a París y Londres durante la famosa exhibición de la industria universal de 1851*. Madrid: Imprenta de Ayguals de Izco Hermanos.

Castro y Serrano, José de (1856). "París, físico y moral, estudiado durante la exposición de 1855 por un español". *Semanario Pintoresco Español* (9/3/1856 – 25/5/1856).

— (1863). *España en Londres: correspondencias sobre la Exposición Universal de 1862*. Madrid: Librerías de López, Durán y Bailly-Bailliere, Imprenta de T. Fortanet.

— (1867). *España en París: Crónica de la Exposición Universal de 1867*. Madrid: Librería de A. Duran, Imprenta de Ch. Lahure.

— (1873). "'Viaje alrededor de la Exposición Universal de Viena' por Un caballero español y 'Correo de Viena', por F. Eroseca". *La Ilustración Española y Americana* (21/4/1873 – 8/12/1873).

— (1889). "España en París '89". *La Ilustración Española y Americana* (8/10/1889, 15/10/1889, 22/10/1889, 30/10/1889).

Celma Valero, María Pilar (1989). *La crítica de actualidad en el fin de siglo (estudio y textos)*. Madrid: Plaza Universitaria.

Clarín (véase *Alas,* Leopoldo).

Díaz Larios, Luis F. (1998). "El viaje a París y Londres de Ayguals de Izco". En: Díaz Larios, Luis Felipe; Miralles, Enrique (coords.). *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo xix*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, pp. 307-330.

— (2012). "Viajeros españoles a los escaparates del progreso y de la técnica". Dossier: *Viajes y viajeros en las literaturas hispánicas. Boletín Hispano Helvético*, n.º 20, pp. 135-158.

González Alcantud, José Antonio (2004). *Pedro Antonio de Alarcón en la guerra de África: del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*. Barcelona: Anthropos.

Morillo Morales, Julia (2015). "Alarcón y París: 'el vértigo en el alma'. Crónicas de la exposición universal: 'Viaje a París en 1855'". *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, año 91, pp. 145-162.

— (2017). *Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX*. Madrid: Fundación Universitaria Española.

Palenque, Marta (1990). *Gusto poético y difusión literaria en el realismo español. La Ilustración Española y Americana (1869-1905)*. Sevilla: Alfar.

Pardo Canalis, Enrique (1968). "El 'Viaje a París en 1855' de Pedro Antonio de Alarcón". *Revista de Ideas Estéticas*, n.º 104, pp. 397-416.